

## *Momento crucial*

Siempre que la guerra ha asolado una región durante varios años, el primer período de la postguerra ha sido un momento crucial, especialmente en tres terrenos, que lo abarcan casi todo: el económico, el moral y el ideológico del cual hablaremos ahora.

Se comprende sin dificultad por qué sucede así. Un muelle sometido a fuerte tensión, salta con fuerza apenas se lo deja libre; una caldera con gas comprimido, revienta con insólita violencia por la parte más débil apenas halla una salida. Las leyes morales, que dentro de la fluidez propia, rigen la vida del psiquismo humano, tienen a veces cierta semejanza con las leyes de la mecánica. Durante la guerra los espíritus están en violenta tensión: separación de los seres queridos, constante peligro de muerte, privación de la vida familiar con sus legítimos desahogos afectivos, hambre y sufrimientos de todo género. El muelle está en tensión violenta: esperemos a que se distienda. Acabada la guerra sobrevendrá una exacerbación de las tendencias primitivas humanas, que, según sean los factores que intervengan en este momento crucial, determinarán una u otra entre las direcciones posibles: podríamos decir, tomando una terminología de la física, que tomarán una dirección catódica o anódica: hacia abajo o hacia arriba.

Ahora bien, estamos actualmente en el período de máxima tensión entre dos mundos del todo diversos: de una parte está Rusia con sus satélites, que encarnan una concepción radicalmente materialista de la vida; y de otra parte está el mundo Occidental, que si bien en gran parte ha traicionado los valores superiores del catolicismo, que le dieron ser y lo mejor de su vida, no obstante conserva todavía en parte, el reconocimiento del rango supremo de la verdad, de la sumisión al orden del Ser (sumisión que nos lleva a Dios, no la rebelión contra las leyes ónticas que nos rigen), y de una vida cuyo sentido está en el Más Allá. Esto se conserva en buena parte en nuestro mundo Occidental.

Sin ser profeta no puede predecir nadie cuál será el desenlace en que se resolverá esta tensión: si será violento por la fuerza de las armas, o si será la absorción lenta y progresiva de una de las dos mentalidades por la fuerza interna de la otra. Pero una

cosa se puede predecir, y es que sea de uno o de otro modo, al conflicto sucederá un período de distensión.

Y entonces, ¿cuál será la dirección que tomen los hombres, en este momento crucial de la postguerra, ya sea psíquica, ya material? ¿hemos pensado en ello? ¿qué fuerzas preparamos para este período decisivo en la marcha de las ideas?

Es preciso que pensemos en prepararnos para cuando venga este momento futuro: no lo confiemos todo a la improvisación y a lo que saliere. España, más que otros países, está en posición privilegiada para señalar directrices espirituales, que han sido su genio de siglos. Schubart en su obra *El alma de Europa*, señala a España como reserva espiritual de Europa. Así es. Y sin embargo...

No vivamos desplazados; no nos entreguemos al bizantinismo de viejas cuestiones liberales y masónicas, que ya han pasado a la historia, como el recelo de si toman la cultura española las «derechas», o el «centro» o los del desván de arriba. No hay peor decadencia que la de aquel pueblo que vive sin conocer su propia misión, su propio ser, su momento histórico. España, que se conoció a sí misma en Trento y en Lepanto; que se dió cuenta de su misión al ofrendar al mundo a Suárez y a Victoria, creadores del derecho internacional; que abrió un mundo para la catolicidad, mientras tapaba las brechas que sangraban en Alemania, ¿va a quedarse ahora en el orden de la cultura, a merced de cuatro palabras bonitas de «revolución», «antidrechismo», de nuevo a merced de aquellas fuerzas, que luchan sin dar nunca la cara, a traición y en el secreto?

No creemos que vaya a ser así. Pero nuestra pasividad, la inercia y sopor de no pocos hombres rectos, ante todo lo que sea anhelos de fomentar una cultura específicamente católica, y que retroceden aterrados en el momento de colocar la primera piedra del edificio, por encontrar más cómodo ir contemporizando; todo ello nos da que pensar, y nos empuja a proclamar la necesidad de que vivamos en nuestro momento, momento crucial: España, más que otros países, es la «reserva espiritual de Europa».

Séalo también en lo cultural, en vez de ceder cobardemente ante posiciones perdidas por otros pueblos. Y cuando sobrevenga la hora decisiva de la distensión entre Este y Oeste, sea de nuevo en Barcelona, aquella Tradición que proclamaba el gran Torras y Bages, más allá de miras mezquinas y egoístas, el gran resorte que nos lleve a imprimir al mundo un rumbo espiritual en su cultura.